



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

Nrs. 23
1651



deq. bantur
A. 18. 60

LAS MUJERES ESPAÑOLAS

A LOS OJOS

de las francesas.

CONVERSACION

ENTRE UNAS DAMAS DE FRANCIA Y
UN ESPAÑOL ACERCA LOS TRAJES FEMENILES,
COMUNICADA POR AQUEL Á

D. Antonio Claret

PRESBITERO.



BARCELONA.

Imprenta de los Herederos de la V. Pla,
calle de Cottoners. 1846.

En el vestir procura,
No ser profana,
Descubre solamente
Manos y cara.
En las iglesias
Ni los pies ni las manos,
Ni la cabeza.

Luisita de Cadiz.

Libritos del mismo Autor que están
de venta en la imprenta de los Herede-
ros de la V. Pla.

Camí dret y segur per arribar al cel.

La Cesta de Moises, ó sea avisos sa-
ludables á los jóvenes para preservarse
de los peligros del siglo.

Avisos á los Sacerdotes.

Idem á las monjas.

Idem als pares de familia, en castella-
no y catalan.

Idem á las casadas.

Idem á las donsellas.

Idem á los niños.

El rico Epulon en el infierno; en verso.

Marsella.....



Mi entrañable amigo : pienso tener cuanto antes el dulce placer de abrazarte. He recorrido las principales poblaciones de Europa ; he visto cuanto deseaba y evacuado mis negocios. En la actualidad me hallo en esta , en donde he encontrado un paisano nuestro : como son muchas las relaciones que tiene contraídas en esta ciudad , se ha empeñado en que me hospedara en casa de un amigo suyo, que vive cerca la *grande-rue de Rome* , donde soy tratado con aquellas cordiales atenciones que tanto distinguen á la cortesanía de la alta clase francesa.

Aunque espero explicarte de palabra cuanto me ha ocurrido en mi

largo viaje , sin embargo no puedo resistir á los deseos de escribirte lo que retuviere de una conversacion, que estoy cierto ha de gustarte , y es la que tuvieron conmigo algunas damas francesas en la noche misma que fuí introducido en casa de estos señores que tienen la bondad de hospedarme.

Presentado á la dueña de la casa que se halla convaleciente de una indisposicion pletórica , encontréla rodeada de cuatro señoras parientas suyas que habian venido á visitarla , y que en la finura de sus modales y en la dignidad de su porte daban bien á conocer la nobleza y la instruccion que las recomendaba. Como estaban prevenidas por mi compañero , me recibieron con gran afabilidad y agrado ; y despues de las primeras demostracio-

nes de cumplimiento y urbanidad, y de haberse despedido aquel , recayó nuestra conversacion sobre España en los términos siguientes :

— ¿ Ya habia estado V. alguna vez en estos paises ?

— En Francia , sí señora; pero en Marsella esta es la primera vez.

— No habrá V. podido ver gran cosa , siendo ya de noche cuando ha llegado V.

— Es verdad ; pero con todo á la hermosa luz del gas he podido distinguir alguna de las bellezas de esta ciudad.

— Bonita invencion es esa del gas. Creo que en España tambien se hace uso de él , á lo menos en Barcelona , me parece habérmelo dicho mi tia madama Rosalía.

— ¿ Que ha estado en Barcelona mad. Rosalía ?

— Sí señor, y no hace mucho que estoy de vuelta. ¿Es V. de aquella capital?

— Para servir á V., señora: ¿le ha gustado á V. aquel país?

— Muchísimo: ya durante el viaje por el vapor de Marsella á Barcelona quedé sorprendida de la costa del Principado: siempre estuve á cubierta y con el lente en la mano, mirando con satisfaccion indecible aquel jardin continuado de viñedos, naranjos, olivos y otros árboles; aquel hermoso caserío y santuosas casas-torres, que ofrecen un golpe de vista verdaderamente encantador. Y no me gustó menos la ciudad de Barcelona. El puerto, á la verdad, no es tan bueno como este de Marsella, pero la ciudad es hermosa. Ya al entrar por la puerta del mar se presenta la gran pla-

za rodeada de algunos edificios de arquitectura esquisitísima.

— Muchos son los edificios suntuosos que adornan la capital de Cataluña, entre ellos algunos templos que merecen particular atención.

— En efecto; los templos por lo comun son muy capaces y hermosos.

— ¿Mas que nuestras iglesias de la Trinidad, S. Lázaro, S. Martin, y S. Agustin?

— Ciertamente: si bien nuestra ciudad posee iglesias magníficas; no obstante Barcelona en esto debemos confesar que nos aventaja. La Catedral solamente ya vale por muchas: santa Maria del Mar tambien es grande y hermosísimo edificio; grandioso es el templo de S. Agustin; bellísima la iglesia

de la Merced y otras y otras.

— Como en Barcelona vive ya desde mucho tiempo nuestra amiga Madama Florinda, todos los dias tenia el gusto de venir á buscarme, y de acompañarme á visitar lo mas notable de la ciudad.

La gente tambien me gustó por su civilizacion y hombría de bien, por su carácter afable y sincero. Una cosa con todo me dió mucha pena, y en alguna manera hízome avergonzar de ser mujer; y es el modo poco decoroso con que visten algunas que quisiera no perteneciesen á nuestro sexo. Aquellos trajes, en verdad, desdicen mucho de una mujer púdica y recatada.

— No eres tú, Rosalía, la primera á quien he oido decirlo. Es preciso que en esto se distingan las barcelonesas.

— Pues qué ¿ las damas de Barcelona no van con sombrero y vestido con mantelete como nosotras?

— No , Teresita mia , no ; no imitan nuestra modestia : entre nosotras las damas de alguna distincion llevan sombrero , por lo regular con velo delante la cara , y las demas cubren su cabeza con una cófia ; pero en España las plebeyas en verano comunmente la traen descubierta , menos para ir á la iglesia , y las otras la cubren con mantilla que en muchas es de puntilla ó de blondas tan clara ó delgada , que es lo mismo que si no llevasen nada :

— Pero esto será á causa del calor que allí , segun dicen , es excesivo .

— No lo creas , Teresita ; es por causa de la inmoralidad que va todos los dias creciendo , y del abandono en que se tiene el honor ,

la decencia y la conciencia.

— ¿Y llevan mantelete?

— Sí llevan; pero no de ropa.

— ¿Pues de qué?

— De piel.

— ¿Cómo de piel? ¿y eso en el verano? Caramba ¡como no mueren de calor!

— Al contrario, ellas lo hacen para ir mas frescas.

— Vaya, vaya, ¿para ir mas frescas?... ¿pues qué clase de piel es aquella? ¿No es de alguna bestia?

— No me atrevo á decirlo..... es de ellas mismas.

— No lo entiendo eso, tia.

— Digo que es de la piel de ellas mismas, porque van descubiertas de hombros y espaldas, y con el vestido muy escotado por delante. He aquí su mantelete de piel.

— ¡Jesus!!! se me cac la cara de

vergüenza... ¿Y es esto verdad, tia? A fe que solo las bestias no se les da nada de que se les vean sus pechos.

— Ciertamente : y así se iguala y embrutece aun mas que las mismas bestias la mujer , que perdiendo el natural rubor, descubre lo que la naturaleza se ha afanado en ocultar á los irracionales.

— Vaya, que si es como Vd. dice, Mad. Rosalía, esas escandalosas , que desdoran nuestro sexo, son dignas de toda nuestra aversion, y del desprecio de todas las personas sensatas.

— Lo mismo que Vd., Mad. Marta , decia Mad. Florinda que habita en Barcelona. Cuando me acompañaba por la ciudad , se indignaba tanto al ver aquellos trajes, que á estarle bien , habria arañado

con sus manos á las que las vestían. En cambio desahogaba su corazón, notándolas con motes los mas feos, pero al mismo tiempo los mas propios. Muy á menudo las llamaba ramera, y lupanar los lugares por donde se paseaban. Yo le decia alguna vez: Mad. Florinda, no hable Vd. así; no interprete en tan mal sentido. — ¿En mal sentido? Muy al contrario, dejaria de pensar bien y acertadamente, si con otros ojos las mirase. Llamamos ramera á una mujer que entrega su cuerpo á cualquiera; y ¿no hacen lo mismo esas que parece han perdido hasta el rubor natural, presentando sus carnes á la vista de quien quiera mirarlas? Una mujer pública no solo consiente en su deshonor cuando es requerida, sino que ella misma tienta á los incautos, ¿y no son tam-

bien esas con sus pechos descubiertos la piedra de escándalo para muchos, precipitándolos en la impureza?

Otras veces con su natural gracejo las ridiculizaba cual merecia su inmodestia. ¿No ve V., me decia, en aquella mesa cuantas gallinas están colgadas? repare V., se hallan sin plumas ó peladas menos el ramo de la cola. ¿Sabe V. porqué? Están para vender, cuya señal es la desnudez de su cuerpo, con solo el rabo de pluma. Pues aplique V. el caso: las gallinas-mujeres que desnudas de arriba ostentan la larga cola del vestido, se hallan tambien de venta; es decir, su traje indica que desean vender su castidad y honor. — Ahí vienen dos monas, prorrumpió un dia al avistar dos de esas vanidosas mujeres; es verdad que no enseñan sus peladas asentaderas,

pero en cambio muestran sus espaldas y pechos ; ya se ve, bien habia de haber una diferencia entre las monas del África y las de España. — ¡ A huir que azotan ! repetia en otra ocasion al pasar por la calle de la Boria. No entendí yo el significado de estas palabras , y le pregunté que queria decir con aquello. — ¿ No ve V., me contestó, aquellas pobrecitas mujeres que pasan medio despojadas ? — Sí ; pero no entiendo eso de azotan.... — Me explicaré : en otro tiempo á los ladrones y malhechores los condenaban á pasar por esta calle de medio arriba desnudos , amen de un jubon de azotes ; ahora esas mujeres desvergonzadas , como ladronas que son de almas , ellas mismas se sujetan á la infamia de pasar por la Boria con las espaldas desnudas

(¡ lástima que falte el verdugo con la penca en la mano!); ya que quien debiera ó por incuria , ó por debilidad , ó tal vez por respeto á su sexo, no las castiga como infractoras de las leyes españolas, que, segun he oido decir , son esplicitas en este punto (1).

A las que veia arremangadas de brazos y con guantes en las manos llamaba las panaderas. ¡ Pobrecita ! esclamaba en tono irónico al ver alguna, ¡ cómo debe estar cansada! habrá trabajado todo el dia : mire V., ahora sale de amasar el pan ; aun va arremangada de brazos , y

(1) En efecto, las mujeres que visten deshonestamente, infringen la ley 6. del tit. 13 lib. 6. de la noviss. Recop. en la cual despues de prohibirse que mujer alguna de cualquier estado ó calidad que sea pueda traer ni traiga guardainfante , ni otro instrumento ó traje semejante , se prohibe tambien *que ninguna mujer pueda traer jubones , que llaman escotados.*

trae la pasta en las manos.

Yo al paso que no podía menos de convenir con ella en reprobar tan poco recato, sentia con toda una pena grande al través de tales chanzas que no podian ahogar la amargura que su objeto me causaba; de aquí era que muchas veces procuraba distraerla con otras conversaciones. Pero no habia remedio, en hallándose ella de buen humor, y en topando con una *fregona*, así las llamaba, ya estábamos de fiesta....

¡ Oh ! V. no lo sabe, Mad. Rosalía, decíame : en Barcelona las lavanderas y mondongueras sobran mucho, y visten como unos pimpollos: mire V. que engalanadas vienen aquellas; pero eso sí, despechugadas y mangas arriba á punto de ir á lavar ó preparar el morcon.

— ¡ Vaya ! será necesario que nos volvamos á casa , amiga mia , hábiame repetido mas de una vez : nos hemos descuidado de los guantes y con las manos desnudas vamos á escandalizar no solo á los hombres , si que principalmente á muchas jovencitas. ¿ No repara V. con que recato se las cubren aquellas de allá ? verdad es que llevan los brazos descubiertos y aun algo mas , pero eso es nada : escrúpulos de Marí-gargajo.

Doloroso me era, repito, el vernos precisadas á mofarnos nosotras mismas de las de nuestro sexo, y por esto aunque veia la sobrada razon de mi compañera, procuraba calmar su justo enfado, escusando á las que eran la causa y el blanco de sus pesadas burlas. ¿ No ve V., le decia yo, que hace

tanto bochorno? Además repare V. que por la parte de los pies van muy honestas, las faldas las llevan hasta el suelo... — ¡Bravo! interrumpia ella, mira las castas Susanas: cubrirse los pies y desnudarse los pechos: eso es escrupulizar con un mosquito, y tragarse sin reparo un camello, como á los hipócritas fariseos les echaba en cara el divino Maestro. En cuanto al calor ¿acaso no somos nosotras de carne y huesos como ellas? A mas de que mengua es para el sexo que se precia de recatado y ruboroso, el ver que los hombres mas espuestos al calor por lo ajustado de sus vestidos (si bien á veces en demasiada); sin embargo nada llevan descubierta que ofender pueda la castidad. — Muchísima razon tenia Mad. Florinda; esas escandalosas

hacen á nuestro sexo muy poco honor , ocasionándonos la nota de mas livianas que los hombres.

— Pero tal vez en eso haya algo de exageracion. Yo me acuerdo haber visto á las damas de mi pais bien tapaditas con sus grandes pañuelos y sus redingotes.

— A V. como español le está bien escusar á sus paisanas ; es demasiada fea la nota que pesa sobre ellas, para que V. no sienta rubor al oirlas referir : pero yo con mi natural franqueza le aseguro á V. que aun cuando en invierno vayan bien tapadas , no es por recato y modestia , sino obligadas del rigor de la estacion : y en prueba de esta verdad , permítame V. que le cuente un caso que pasó delante de mis ojos. En uno de los últimos dias del mes de diciembre fuí con-

vidada, cuando me hallaba en Barcelona, á una *soirée*: á su hora comparecieron los demas convidados, todo el mundo con su capa ó redingote; empezó el baile; fuera capas.... ¡Jesus mio! sepa V., caballero, que á pesar de ser mujer, me vi obligada á taparme la cara por el traje deshonesto que descubrian las de mi sexo. Allí se vió lo mas escandaloso, lo mas provocativo; admirándome que entre gentes civilizadas y de alto tono se tolerasen tamaños escesos.

— Sí, pero esto lo harán sin malicia, no mas porque desearán casarse, y vistiendo así, los hombres las mirarán, y podrá ser que alguno se enamore de ellas.

— Puede ser; mas si sucede esto último, es un enamoramiento fingido; las galantean, las obsequian, es

verdad; pero cuando las han seducido y engañado, las abandonan, sin acordarse de ellas, mas que para hacer mofa de su credulidad y debilidad entre los camaradas; y si alguna llega á casarse, es para divorciarse al dia siguiente, como desgraciadamente lo demuestra la experiencia; y mucho mejor es quedarse soltera que estar divorciada. Estoy bien cierta que estos trajes indecentes, el demasiado lujo y la grande desfachatez con que se presentan hoy en dia las mujeres, es la principal causa de no casarse muchas, que con otro porte y otros modales hubieran hecho partidos ventajosísimos; pues no hay hombre, por poco cuerdo que sea, que quiera tomar por esposa á una de estas mujeres. V., como uno de ellos, me dirá si doy en el blanco.

— Señora , tiene V. mucha razon en todo lo que ha dicho ; se conoce que su buen talento y el haber llegado á una edad en que se ve el mundo como es en sí , le ha descubierto la causa del mal ; pero las jovencitas en sus ensueños imaginan pasearse por un verde prado matizado de flores hermosas y aromáticas , y no ven el venenoso áspid que debajo de ellas está oculto , hasta que las ha mordido ; y lo peor es que las mas de las veces la mordedura es incurable. Yo puedo añadirle , que he oido decir á hombres viciosos é inmorales , en tratando de casarse , que para esposa querian una mujer recatada , modesta , en una palabra , buena cristiana ; pues así sabrian que tienen una compañera fiel y cuidadosa.

— Una cosa me ha de decir V.,

tia mia, ¿son cristianas esas de quienes hablan Vds.? ¿Saben ellas á que les obliga la religion?

— De nombre son cristianas, pues así se llaman; pero de hecho con su pan se lo coman: si fuesen verdaderas cristianas, y se acordasen del alto concepto en que la religion cristiana tiene á la virtud de la castidad, procurarían que el pudor y el recato fuesen su mas rica dote y su mas precioso ornamento (1).

(1) Para confusion de las cristianas, quiero referir lo que cuenta Plutarco de ciertas mujeres gentiles. Eran estas las vírgenes milesianas, las cuales tomaban tanto odio á la vida, que por fin se la quitaban ahorcándose. No se hallaba remedio para tan grande mal, hasta que un sabio de aquella ciudad propuso una ley, y el gobierno la publicó, que cualquiera que de allí adelante se matase, su cuerpo seria paseado desnudo, y desnudo espuesto en la plaza de la ciudad. ¡Cosa increíble! lo mismo fué promulgar esta ley, que cesar aquella terrible manía. ¡Tan grande era en aquellas doncellas el amor á la honestidad y tanto apreciaban el pudor!

Yo mas bien las llamaria anti-cristianas, porque roban á Jesucristo las almas que redimió con su propia sangre. ¿No has oido contar como Abimelech se enamoró de Sara esposa de Abrahan? El caso es que no llevaba el velo propio de su condicion y estado, y así el Rey despues de haberla restituido por órden de Dios á su esposo, le dió á este mil siclos para comprar un velo que llevase ella sobre la cabeza, á fin de que no fuese en adelante motivo de escándalo donde quiera que se hallase. Y esas que andan tan provocativas ¿de cuantas tentaciones y miserables caídas no serán la causa? De muchas sin duda alguna, y por eso seguramente S. Bernardino, segun me acuerdo haber leído, las llama devotas del demonio; esto es porque

con sus lascivos trajes conquistan almas para el infierno.

— Pero yo preguntaba si eran cristianas las tales mujeres , para saber si asisten al templo.

— Sí ; acuden al templo ; van á oír misa ; pero van para insultar al mismo Jesucristo. No contentas con pasear su prostitucion por las calles y plazas , quieren todavía llevar el escándalo hasta al lugar sagrado, á los ojos del mismo Dios sacramentado, para consignar un hecho tristísimo , y es , que mayor respeto tienen los idólatras en los templos de sus falsas divinidades , los mahometanos en las mezquitas de su infame culto , que ellas en los templos del Dios verdadero , de aquel Dios en cuya presencia tremenda se cubren de respeto las celestiales inteligencias. A mí me parece oír á

esas profanas hablar á Dios con el lenguaje de su provocativa inmodestia, al presentarse en su templo. Vos , le dicen , os dejasteis despojar y azotar para pagar mis deleites sensuales y todos los pecados de que fuisteis enteramente inocente; pues yo tambien me desnudo y enseño mis carnes, para que no se fijen los ojos en vos despedazado y sangriento , sino en mí hecha un grumo de cándida leche y un ramillete de flores ; seré causa de muchos pecados , y con esto se os renovarán los azotes y muerte de cruz... Así me parece oír á esas mujeres disolutas y vanas sin recato y sin pudor.

— Mas á mí me parece que si son cristianas han de respetar y obedecer á la Iglesia y á los santos PP., en cuyo sentir, segun lo poco

que he leído , aquello de S. Pablo de que las mujeres en los templos deben llevar cubierta la cabeza , se entiende con mas particularidad de las otras partes del cuerpo, que exigen mucho mas recato y cautela.

— Y no solo en los templos, sino que tambien en todos lugares y en todas circunstancias. ¿No tienes presentes las advertencias de aquel librito que para ti compré, que trata de la modestia que debe guardar el bello sexo? Segun allí se refiere, Tertuliano declamó muy fuertemente contra las mujeres que ya en su tiempo llevaban velos claros ó diáfanos , y decia que semejantes velos mas bien son estímulos é incentivos de lujuria , que defensa de la castidad. Aun mas, sabiendo aquel célebre escritor que interpretaban el precepto que tú

has citado del Apóstol, como que hablaba solo con las casadas y no con las doncellas, desmintió tan siniestra interpretacion, publicando un librito que tituló *El velo de las vírgenes*. Y á las que para justificarse apelaban á la costumbre, responde: *que ni la costumbre ni la corruptela valen contra la verdad de las santas Escrituras*. Por esto no repara en llamarlas lascivas y deshonestas, pues su traje, dice él, es señal de lo que són. En el mismo librito se lee que Inocencio XI, en 17 de marzo de 1683, hizo publicar un edicto en que declaraba ser pecado mortal, reservado á Su Santidad, el andar las mujeres con los pechos ó brazos desnudos. En términos semejantes se espresaron Alejandro VII. y varios prelados, como S. Carlos Bor-

romeo , Canisio , Perusio &c. y aun hubo un arzobispo español , el que ocupaba la silla de Zaragoza en el año 1675 , que fulminó escomunion mayor contra las mujeres indecentemente vestidas , deseubiertas de espaldas y pechos.

— Tambien creo que dice mucho sobre esto aquel libro que me regaló monsieur Mathieu, que tanto abunda de sentencias de S. Ambrosio , S. Juan Crisóstomo , y de S. Cipriano á no engañarme.

— ¡ Ah Teresita mia ! muchos son los buenos libros que claman contra tamaños abusos ; entre otros acaba de salir uno en Barcelona, segun poco ha me escribió madama Florinda, que tiene por título: *Avisos saludables á las doncellas*, y en el que se reprenden con la enerjía que se merecen estos trajes inde-

centes y escandalosos: empero, añade la carta, que el autor ya se hace cargo de que poco ó nada se aprovecharán de sus avisos esas disolutas mujeres que de todo se rien, de todo se burlan, á nadie escuchan sino á sus caprichos y locuras, y que se lamenta, de que ese mal ya no está aislado dentro los muros de Barcelona, sino que como un mal contagioso se estiende por todas las grandes poblaciones, y hasta en algunos pequeños villorrios ó aldeas. Lo mas sensible es, que muchas así casadas como doncellas, de honrada conducta por otra parte, las siguen en esas modas venidas del infierno, só pretesto de que es moda y del escesivo calor que hace. Procuremos alomenos no imitarlas nosotras, sobrinita mia; supliquémos al Señor no nos deje de su san-

ta mano ; seamos devotísimas de la Santísima Virgen ; copiemos el modelo de sus virtudes , y muy particularmente de la modestia. Visitamos siempre del modo que quisiéramos nos hallase vestidas el inexorable Juez de vivos y muertos. Y de la bondad de V., caballero español , espero sabrá disimular la libertad que nos hemos tomado de criticar en la presencia de V. á algunas de sus paisanas (no á todas, pues que la gran parte de las españolas tal vez en modestia nos aventajan á nosotras); conqzco que mi franqueza habrá traspasado los justos límites.....

— No señora , muy al contrario ; yo no puedo menos de aplaudirla. Con V. repruebo altamente ese escandaloso modo de vestir de mis paisanas ; y si cabe mas que

V. por el doble motivo de ser hombre y de ser español. No obstante, á decir verdad, no me habia parado tanto como parece haberlo hecho V. en observar la inmodestia de tales trajes.

— Es natural de nuestro sexo : apenas se nos presenta una mujer bien ataviada y llena de vanidad, nos arrebatamos los ojos, y una sola mirada nos basta para definirla de pies á cabeza. Basta por hoy ; V. debe de estar cansado, y lo que le conviene es el reposo. Y nosotras con el permiso de V. nos retiraremos á nuestras casas, que los coches están ya aguardándonos.

— Señoras, celebro haber tenido tanto honor.

— Buenas noches, caballero.

— Atentísimo servidor de Vs.,
señoras.

FIN



2:3/4 R: 885481



